

Fundamentos del pensamiento crítico en la infancia

¿Cómo se aprende a pensar de forma crítica desde los primeros años de vida? Esta pregunta guía la reflexión sobre una de las habilidades más necesarias en la educación contemporánea: el pensamiento crítico. Esta competencia no solo implica razonar, sino también interpretar, argumentar, tomar decisiones y cuestionar lo establecido de manera reflexiva, ética y constructiva (Kincheloe, 2001).

En el contexto de la educación infantil, desarrollar el pensamiento crítico implica reconocer que los niños y las niñas no son recipientes vacíos que deben llenarse de información, sino sujetos activos con capacidad para observar, analizar, proponer y construir sentido a partir de su entorno (Rojas, Bazán y Valqui, 2013). Se considera fundamental, entonces, crear oportunidades para que desde temprana edad puedan preguntarse el porqué de las cosas, buscar explicaciones, establecer relaciones y proponer soluciones frente a los problemas que enfrentan.

El pensamiento crítico se construye sobre varios fundamentos claves que deben ser promovidos de forma intencional en el aula (Álvarez, 2012):

- **Curiosidad como punto de partida.** La curiosidad es la puerta de entrada al pensamiento crítico. Cuando se permite que los niños pregunten, exploren y se equivoquen, se está fomentando el deseo genuino de aprender. Las preguntas espontáneas que surgen en el juego, en la lectura de un cuento o en una experiencia cotidiana abren posibilidades para dialogar, descubrir y argumentar.
- **Observación y análisis.** El pensamiento crítico requiere desarrollar la capacidad de observar atentamente lo que ocurre a su alrededor. Al describir lo que ven, identificar detalles y comparar situaciones, los niños comienzan a construir una mirada analítica del mundo. Este proceso se potencia cuando se ofrecen experiencias que implican contrastar ideas, buscar evidencias o experimentar de forma activa.
- **Reflexión y metacognición.** Reflexionar permite pensar sobre el propio pensamiento. En la infancia, esto se estimula mediante preguntas como: *¿Qué hiciste?* *¿Por qué crees que pasó eso?* *¿Cómo lo harías diferente la próxima vez?* Estas estrategias promueven el desarrollo de la metacognición, es decir, la conciencia de cómo se aprende, se actúa y se decide.
- **Argumentación y diálogo.** Formular y defender ideas con respeto es parte esencial del pensamiento crítico. A través de situaciones de juego simbólico, debates sencillos o conversaciones guiadas, se enseña a los niños a expresar su punto de vista, escuchar al otro y construir acuerdos. Este proceso no solo fortalece el lenguaje, sino también el respeto por la diversidad de opiniones.
- **Toma de decisiones responsables.** Educar el pensamiento crítico implica permitir que los niños tomen decisiones significativas: qué materiales usar, cómo resolver un problema, cómo organizar una tarea. Estas elecciones, acompañadas de reflexión sobre

sus consecuencias, desarrollan la autonomía y la capacidad de actuar con criterio propio.

El pensamiento crítico en la infancia no se desarrolla por azar. Requiere de un docente que actúe como mediador sensible, que plantee preguntas desafiantes, que proponga situaciones problematizadoras, que escuche con atención y que valore los procesos tanto como los resultados. Se necesita crear un clima de confianza, en el que se sienta que equivocarse es parte del aprendizaje y que pensar diferente enriquece al grupo.

Además, es importante recordar que el pensamiento crítico no está reñido con la ternura, el juego o la fantasía. Por el contrario, se enriquece cuando se trabaja desde la sensibilidad, la creatividad y el respeto profundo por la voz de la infancia.

Reflexionemos

¿Se está dando a los niños y las niñas el espacio necesario para construir su pensamiento?

¿Se reconoce el valor de sus ideas, incluso cuando parecen ingenuas o incompletas?

Fomentar el pensamiento crítico desde la infancia no solo mejora los aprendizajes escolares, sino que siembra las bases para una ciudadanía activa, ética y transformadora. Se invita a pensar la práctica docente no como una transmisión de contenidos, sino como un diálogo constante que despierta preguntas, activa sentidos y construye significados compartidos.